

Apologías y apocalípticas de la ciudad

EL DILEMA DE LECTURAS SOBRE LA CIUDAD MODERNA*

APOLOGIES AND APOCALYPTIC OUTLOOKS OF THE CITY:

The dilemma of the modern city

Jorge Andrés Pinzón Rueda

Sociólogo; Magíster en Urbanismo, Universidad Nacional de Colombia. Docente, Corporación Universitaria Minuto de Dios. Colombiano.

japinzonr@unal.edu.co

Recibido: 14 de octubre de 2011

Aprobado: 20 de marzo de 2012

Resumen

El crecimiento de las ciudades que se presentó en los últimos siglos, primero en Europa, luego en Estados Unidos y posteriormente alrededor de todo el globo, ha atraído las más diversas miradas sobre el hecho urbano. Un proceso de urbanización que de manera simultánea ha permitido el desarrollo de las fuerzas productivas, del crecimiento de la riqueza, la exacerbación de la miseria humana y la desigualdad socioeconómica, se ha traducido en un abanico interpretativo que frente a la urbanización y la ciudad moderna ha generado intensidad de adeptos y detractores. La ciudad contemporánea, epicentro de la toma de decisiones, de las actividades productivas, de la creación cultural y artística, de la informalidad económica, de la desigualdad social y de la violencia, se nos presenta como un hecho de difícil abordaje. El presente artículo, busca hacer un paneo de algunos de los postulados que sobre la ciudad se desarrollaron en la temprana modernidad, es decir, en el contexto histórico de Europa de los siglos XVIII y XIX. Allí el antagonismo se expresa en relieve; paraíso y apocalipsis se evidencian en los más diversos autores a la hora de hablar de la ciudad, queda abierta la pregunta para el lector ¿son estas interpretaciones aún pertinentes para el actual proceso de urbanización que se presenta en toda la orbe?

Palabras clave: modernidad, la ciudad como vicio, la ciudad como virtud, urbanización y pobreza, urbanización y desigualdad social.

Abstract

The growth of cities that started in recent centuries, first in Europe, then in the United States and subsequently around the globe, has attracted the most diverse perspectives on the urban phenomenon. A process of urbanization that simultaneously has allowed the development of productive forces, the growth of wealth, the exacerbation of human poverty and the socioeconomic inequality, has resulted in a range of views that has created supporters and detractors of urbanization and modern city. The contemporary city, the epicenter of decision making, productive activities, the cultural and artistic creation, the informal economy, social inequality and violence, appears as a fact difficult to address. This paper is panning for some of the assumptions that the city developed in early modernity, in the historical context of Europe in the eighteenth and nineteenth centuries. There, the antagonism is expressed; paradise and apocalypse are evident in the most diverse authors when they are speaking of the city, it remains an open question for the reader: are these interpretations still relevant to the ongoing process of urbanization occurring across the globe?

Keywords: modernity, the city as a habit, the city as a virtue, urbanization and poverty, urbanization and social inequality.

Resumo

O crescimento das cidades ocorrido nos séculos passados, primeiro na Europa, em seguida, nos EUA e, posteriormente, em todo o mundo, tem atraído os mais diversos olhares sobre o fato urbano. Um processo de urbanização que, simultaneamente, tem permitido o desenvolvimento das forças produtivas, o crescimento da riqueza, a exacerbção da miséria humana e da desigualdade socioeconómica, traduziu-se em um leque de interpretações que, perante a urbanização e a cidade moderna gerou intensidade de torcedores e detractores. A cidade contemporânea, o epicentro do processo decisório, das atividades produtivas, da criação cultural e artística, da informalidade económica, da desigualdade social e da violência, é apresentada como um fato de difícil abordagem. Este artigo, pretende fazer panorâmica de alguns dos pressupostos desenvolvidos sobre a cidade no início da modernidade, ou seja, no contexto histórico da Europa nos séculos XVIII e XIX. Lá, o antagonismo é expresso em relevo. Paraíso e apocalipse são evidentes nos mais diversos autores na hora de falar da cidade. Fica a questão para o leitor: estas interpretações ainda são relevantes para o processo atual de urbanização que acontece no mundo inteiro?

Palavras-chave: modernidade, cidade como vício, cidade como virtude, urbanização e pobreza, urbanização e desigualdade social.

* Este artículo se construyó en torno a las reflexiones generadas en el proceso de investigación del autor en el marco del desarrollo de su tesis de Maestría en Urbanismo, Universidad Nacional de Colombia.

La reencarnación de Sísifo en el espacio moderno

En el Hades, el castigo de Sísifo descrito por Homero se manifiesta como una de las más pesadas cargas a soportar en los infiernos, de ahí que haya sido inmortalizada en uno de los más emblemáticos testamentos de la cultura helénica. Su castigo es quizás la expresión más diáfana de la frustración surgida de la realización del trabajo inútil; y es que en efecto, como afirmó Albert Camus (1999: 1), “no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza”. Sísifo fue en la historia mitológica griega, uno de los hombres más audaces, pacientes y sabios y al mismo tiempo fue un bandido; hecho que para Camus no puede ser considerado como una contradicción.

Cercano a los dioses, gozoso de la vida terrenal, fue capaz de burlarse de la muerte y de las voluntades divinas; por ello su castigo fue ejemplar, consistente éste en llevar por la eternidad una piedra hasta el cenit de una colina, siempre con el desafortunado resultado de su caída antes de lograr el éxito, lo cual le implica al condenado iniciar su tarea una y otra vez a perpetuidad. Se convierte este castigo en una manifestación de la soberbia del poder sobrehumano en la mitología. Así se consagra el héroe absurdo, en tanto que combina sus proezas con su desventura, asumiendo el castigo por las pasiones en la tierra y por sobre todo por el amor a la vida, el odio a la muerte y el relato sin fin.

Para Camus, el momento más importante de este relato no está en la pena que supone la fuerza y la tensión de los músculos, no está en el cansancio ni la arcilla en las manos adoloridas, ni siquiera en el frustrado logro. El epicentro del mito se asienta en el momento posterior al fracaso, en el regreso del protagonista, en el aliento previo a la periódica tortura. Afirma:

[...] en cada uno de los instantes en que abandona las cimas y se hunde poco a poco en las guaridas de los dioses, es superior a su destino. Es más fuerte que su roca. Si este mito es trágico, lo es porque su protagonista tiene conciencia. ¿En qué consistiría, en efecto, su castigo si a cada paso le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito? [...] Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde conoce toda la magnitud de su condición miserable: en ella piensa durante su descenso. La clarividencia que debía constituir su tormento consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no venza con el desprecio” (Camus, 1999: 2).

La conciencia del miserable destino permite a Sísifo participar en el juego que se desenvuelve entre la dicha y lo absurdo, y en ese momento se hace del destino algo propio, algo susceptible de ser modificado por los propios seres humanos, como si la existencia se explotara bajo las voluntades mundanas. Justamente en el tormento, en el llamado de auxilio y en el desvanecimiento de la esperanza se encuentra la posibilidad de la victoria y del logro que no sería tal si los primeros no existieran. “Hay que imaginarse a Sísifo dichoso”, concluye Ca-

Jorge Andrés Pinzón Rueda

Profesional de las ciencias sociales y humanas perteneciente al Grupo Estudios Geopolíticos y Territoriales. Especialista en Instrumentos de Ordenamiento Urbano Regional, Universidad Nacional de Colombia. Ha realizado investigaciones relacionadas con procesos de despojo rural por medio de la consolidación de modelos de economía extractiva y concentración de la tierra; y con el análisis de cambios demográficos y socioeconómicos en el marco de la transición rural-urbana y la consecuente configuración histórica de la segregación socio espacial (caso ciudades colombianas).

mus en su interpretación del héroe que ha creado de su castigo su propio mundo, su destino, su posibilidad de ser, más allá de lo que el universo le ofrece y que, encerrado en su tarea, abofetea la soberbia de los dioses porque en su eternidad absurda, cuando contempla y es consciente de su tormento, hace callar a todo cuanto sea superior a él.

Por tanto, el mito se convierte en la historia épica de la realidad, y la humanidad, en la absorta reflexión sobre su propio devenir, como este Sísifo de Camus, se enfrenta a su tormento, y ensimismada debe suponer que sobre sus propias actuaciones está el destino que puede forjar. El mito sobrehumano, aquel que encadena el porvenir, parece desvanecerse entonces ante el potencial de la propia humanidad, y así se configura el proyecto de la modernidad.

Pero el mito aventurero no desaparece, reencarna esta vez en una figura materializada en tierra. Y en esta discusión sobre la polaridad del devenir divinizado o el proyecto humanizado se configuran los infiernos recientes y materiales. En ellos se plasma la poesía cúspide de la reacción ante el desmán de las transformaciones impuestas por el proyecto liberal, ajeno a toda rienda. Y el escenario del infierno dantesco se materializa en el mundo terrenal y cobran vida las expresiones que en la literatura manifestaron autores como Milton, Baudelaire, Víctor Hugo o Eliot. La posibilidad del control sobre la existencia en este mundo, y por sobre todo en el porvenir, reclama la figura mesiánica y aparece así la confianza en el ser humano y en la institución salvadora.

La comparación del mito grecorromano con la expresión racionalizada de la modernidad cobra vida allí. Octavio Paz en su crítica a los metarrelatos afirma que:

Desde el momento en que apareció en el horizonte histórico, la Revolución fue doble: razón hecho acto y acto providencial, determinación racional y acción milagrosa, historia y mito. Hija de la razón en su forma más rigurosa y lúcida: la crítica, a imagen de ella, es a un tiempo creadora y destructora; mejor dicho: al destruir, crea. La Revolución es ese momento en que la crítica se transforma en utopía y la utopía encarna en unos hombres y en una acción. El descenso de la razón a la tierra fue una verdadera epifanía y como tal fue vivida por sus protagonistas y, después, por sus intérpretes. Vivida y no pensada. Para casi todos, la Revolución fue una consecuencia de ciertos postulados racionales y de la evolución general de la sociedad; casi ninguno advirtió que asistían a una resurrección. Ciertamente, la novedad de la Revolución parece absoluta; rompe con el pasado e instaura un régimen racional, justo y radicalmente distinto al antiguo. Sin embargo, esta novedad absoluta fue vista y vivida como un regreso al principio del principio. La Revolución es la vuelta al tiempo del origen, antes de la injusticia, antes de ese momento en que, dice Rousseau, al marcar los límites de un pedazo de tierra, un hombre dijo: esto es mío (Paz, 2001: 442).

El urbanismo: ilusión y frustración

La confianza en el progreso, en la racionalización de las fuerzas que desencadenaran el futuro, cobra forma en la revolución como estandarte ideológico, y por ello, los valores que las configuran se consolidan y germinan en el núcleo de la modernidad, se pretenderán a sí mismos universales y generales. Por tanto, la revolución es su concepción primigenia, es un hecho histórico que se asienta en la mirada lineal, pero resulta imposible sin una concepción cíclica, en la cual la búsqueda del retorno del edén se traduce en la absolución del conflicto social. En este marco se constituyen las figuras que concilian la virtud y la razón como fuerzas motrices de la construcción del porvenir, y en el mismo florecen las disciplinas reconciliadoras que en parte o en suma se pretenden omnipotentes.

Las ciencias y las disciplinas modernas se asientan bajo estos postulados y sin embargo su realidad histórica las evidenciará como proyectos frustrados. Como uno más dentro del abanico de los grandilocuentes relatos optimistas de la modernidad, el urbanismo, como disciplina interpretativa y como herramienta práctica, encuentra en su actualidad la razón ontológica de su origen. Como si se tratara del mito de Sísifo, la disciplina tuvo que cargar con una piedra que le atormentaba, no solo desde que Idelfonso Cerdá la bautizara, sino también desde el París imperial que dio el escenario para el quehacer de Haussmann y, por qué no, la piedra que llevaba a cuestras siglos atrás, en la ciudad de Vitruvio, cuando apenas se divisaba la necesidad de enfocar el pensamiento en el plano de lo urbano, del espacio antrópico hecho ciudad, en los más diversos escenarios alrededor del planeta.

La frustración surgió no de la particularidad disciplinar, sino de las formas en que cobró vida el proyecto en su conjunto. Y para identificar ello es necesario identificar a la modernidad y las revoluciones liberales como espacios de bonanza para que la razón se convirtiera en el medio por el cual el género humano puede enfrentar los obstáculos puestos por la naturaleza, siguiendo los postulados cartesianos, kantianos o enciclopédicos de la interpretación del mundo. Es en este contexto ideológico en el cual el urbanismo hereda tal afición y se gesta en esta era como medio de la acción generada por el conocimiento para la solución a un inminente problema producto de la aglomeración en las cada vez más populosas ciudades.

La piedra no era nada liviana, ya que desde el surgimiento del urbanismo, como disciplina en la modernidad, se buscaba dar respuesta teórica y práctica a por lo menos dos fenómenos propios de la ciudad industrial, moderna y occidental: de una parte, la solución técnica a las precarias condiciones de los barrios pobres victorianos –especialmente del caso inglés– y, de otra, la urgente acción sobre las demandas sociales gestadas en el seno de la ciudad industrial, bien fuese que esta acción se dirigiese hacia caminos revolucionarios o reaccionarios (Hall, 1996).

Justamente, ubicados en el escenario europeo del siglo XIX, en la plena era del despertar de la luces que con orgullo voci-

feraban los vástagos de la era moderna, se evidenciaban, al contrario de los enunciados del progreso, las pésimas condiciones de higiene que reproducían la insalubridad de los barrios pobres en la ciudades que crecían como nunca antes en Europa. Fue este el detonante para que desde diferentes ángulos se empezara a pensar y a intervenir la ciudad en procura de mejorar las condiciones de vida de los habitantes, de hacer más eficientes y *funcionales* los espacios urbanos y de reducir los conflictos sociales y políticos en la misma.

La piedra que cargaría el urbanismo sería el resultado de esta superposición de conflictos socioeconómicos puestos en el territorio urbano. Peter Hall –quien toma los informes y las descripciones oficiales y artísticas sobre las ciudades del fin del siglo XIX– identifica escenarios urbanos cargados de pésimas condiciones en términos de densidad, hacinamiento, acceso a servicios públicos y domiciliarios, deficiencias del sistema de aseo y salubridad y otro cúmulo de factores que imposibilitaban la vida digna a millares de habitantes de las ciudades europeas que, aunque cubiertas de hollín, se posicionaban como espacios centrales dentro de la consolidación de la revolución industrial y el capitalismo moderno.

El problema de estos escenarios urbanos de la Europa decimonónica, no se agotaba en las condiciones de las viviendas y las infraestructuras. En realidad, como muestra Hall en su relato de lo que denomina “la ciudad de la noche espantosa”, el problema de las ciudades victorianas eran los inmensos conflictos sociales en las que se veían sumergidas. La pauperización de la vida misma en el marco de la urbanización industrial era tal que asustaba y preocupaba a la burguesía, a algunos sectores intelectuales y, por supuesto, a los filántropos de estas sociedades. Por una parte, dichas condiciones eran identificadas como “vicios” de la civilización humana, y de otra, como semillas de insurrección. En efecto, la preocupación política y moral frente a lo que acontecía en los barrios marginados fue uno de los elementos que, según Hall (1996), llevaron a las clases pudientes victorianas a reflexionar sobre la necesidad de generar programas de intervención sobre estas áreas¹.

Pero bien fuera que se tratara de Londres, París, Nueva York o cualquier otra ciudad epicentro del desarrollo industrial, al problema de *lo moral* se le sumaba además las preocupaciones surgidas frente a dichas situaciones de deterioro masivo de las ciudades, el hecho de que posiblemente tales situaciones inclinarian a los pobres, significativos en cantidad, a convertirse en

partidarios de procesos insurgentes, en sujetos apáticos y en enemigos del establecimiento.

Se trataba de un estadio histórico repleto de revoluciones sociopolíticas que se gestaban al unísono de oleadas de migrantes rurales que se habían desplazado por la concentración de la tierra en el campo y el atrayente proceso de industrialización en las ciudades y que habían hecho de las urbes europeas el recipiente del anhelado progreso propuesto por el discurso modernizante. Tales cambios demográficos dieron vida a la consolidación de la clase obrera moderna, aquella que inundaba de trabajo –y riqueza– a la industria. Fue por este objetivo que se motivarían las voces del “tercer estado”² para dar vida a las insurrecciones de los siglos XVIII y XIX con el fin de finiquitar el Antiguo Régimen, y con ello dar paso a una estricta racionalización del trabajo con fines de lucro, suceso que para Weber caracterizará y particularizará el desarrollo del capitalismo moderno en occidente (Weber, 1999 [1905]).

Si al llamado del trabajo liberado de las opresiones feudales respondería con júbilo el grueso del vulgo europeo, el desarrollo de los hechos sociales evidenciaría una contradicción significativa entre aquellos que abanderarían este proceso y aquellos que apenas trasarían la apariencia de su condena en la estructura social. Los progresos cívicos de las revoluciones burguesas mantuvieron una relación de dominación en donde la libertad y la igualdad se limitaron al ámbito jurídico y no a las condiciones materiales de la existencia. Bajo el desvanecimiento de los títulos nobiliarios y la creciente importancia del capital se evidenció una tensión que caracterizaría la era moderna.

En este contexto, Engels identificaría que el salario que le paga esta sociedad a quienes trabajan está caracterizado por la penuria. El caso de la vivienda, por ejemplo, es manifestación clara de estas tensiones en el escenario territorial, luego:

[...] toda gran ciudad tiene uno o varios “barrios malos”, donde se concentra la clase obrera. Desde luego, es frecuente que la pobreza resida en callejuelas recónditas muy cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le ha asignado un campo aparte donde, escondida de la mirada de las clases más afortunadas, tiene que arreglárselas sola como pueda. En Inglaterra, estos “barrios malos” están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad. Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general contruidos irregularmente. Estas pequeñas casas de tres o cuatro piezas y una cocina se llaman *cottages* y constituyen comúnmente en toda Inglaterra, salvo en algunos barrios de Londres, la vivienda de la clase obrera. Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas (Engels, 1974 [1845]: 69).

1 Lo mismo sucedería en el caso de las ciudades norteamericanas de las últimas décadas del siglo XIX. En Nueva York, por ejemplo, las anotaciones de los analistas sobre las problemáticas urbanas muestran el desasosiego del conflicto social, manifestado en las condiciones de hábitat: “esos lugares y domicilios, y todos los que se les parecían, son hoy cunas de delincuencia y de los vicios y desórdenes que conducen a la criminalidad. La mayor parte –por lo menos el ochenta por ciento– de los delitos contra la propiedad y contra las personas son perpetrados por individuos que han perdido sus lazos con la vida hogareña, o que nunca los han tenido, o cuyas casas han dejado de ser los suficientemente independientes, decentes y deseables para albergar en ellas lo que consideraríamos saludables y ordinarias influencias del hogar y la familia [...]” (Riis, 2008: 1).

2 Al estamento del Antiguo Régimen que se componía de la población carente de privilegios jurídicos y económicos se le conocía como Tercer Estado.

La carga histórica de la ciudad no solo se expresaba en la decadencia de las condiciones de existencia para el proletariado que también tenían repercusión al otro lado del Atlántico³. En sus más variadas formas, el epicentro de la vida moderna, el espacio urbano, impregnaba el aire de la ciudad que agobiaba: la ciudad objetivada. Las calles reales de París hacia comienzos del siglo XIX, en las cuales construye su relato Víctor Hugo eran lúgubres:

Por lejos que la vista se extendiese, no se veían más que los mataderos, el muro de circunvalación y algunas raras fachadas de fábricas parecidas a cuarteles o monasterios; por todas partes barracas y casuchas de yeso, paredes negras como mortajas, o nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelos, edificios tirados a cordel, construcciones uniformes, largas filas frías, y la tristeza lúgubre de los ángulos rectos. Ni un accidente del terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un pliegue. Era un conjunto glacial, regular, odioso. Nada oprime tanto el corazón como la simetría. Es porque la simetría es el aburrimiento y el aburrimiento es el fondo mismo del pesar. El desespero bosteza. Se puede soñar con una cosa aun más terrible que un infierno donde se padezca, y es un infierno donde el condenado se aburriera. Si existiera este infierno, este pedazo de bulevar del Hospital, hubiera podido ser el camino por donde éntrese en él (Hugo, 1982 [1862]: 347).

Por tanto, en uno u otro paisaje, una pintoresca mezcla de miedo y filantropía, de conflicto socioeconómico y altruismo, esculpieron los retos del tema de lo urbano, la gigante piedra a cargar una y otra vez aparecía a granel, y bajo este paisaje de zozobra, razón, espontaneidad y esperanza surgen las disciplinas de la ciudad, y con ellas el urbanismo, para ver una y otra vez, en este y aquel lugar, cómo los obstáculos persisten en el espacio y el tiempo. La expresión material y arquitectónica, la organización

productiva y el conflicto social se reúnen por doquier para dotar de complejidad y sentido las reflexiones y las propuestas de tan abultado tema: la ciudad de la era moderna.

De las más diversas texturas era la carga que llevaría auestas el urbanismo como disciplina moderna. La configuración de la ciudad sobre la que intentaría tener incidencia emanaba de los conflictos sociales que brotaban de las relaciones de producción modernas. Por tanto la segregación socio-espacial se catapultaba como medio de organizar el escenario urbano, pero al mismo tiempo la racionalidad instrumental avasallante en las formas tangibles corroían la virtud misma de la ciudad como escenario para la libertad, la socialización y la floración de la cultura. La inequidad social y la lánguida simetría eran dos problemas titánicos que debía afrontar el urbanismo, una disciplina que surge como entremezcla de técnica y de arte, y como tal, una disciplina cercenada en sus capacidades para comprender de manera holística su objeto.

La ciudad, entonces, lejos de entenderse
como el espacio de la progresión humana,
era entendida como un problema en el cual –
además del capital económico– se acumulaba
concomitantemente la pobreza, el agobio,
el miedo, la violencia, la insalubridad y el
desasosiego.

Pero lejos de tratarse de un problema limitado, espacialmente circunscrito, era un problema genérico, que llevaba al malestar social, a los riesgos biológicos y las tensiones políticas. El miedo frente a esta situación era palpable, y “mucho de ese miedo se exageró de una manera que llegó a ser grotesca, y en muchos casos se hizo deliberadamente. Pero la realidad era ya de por sí suficientemente horrible y estaba causada por la pobreza” (Hall, 1996: 53).

En muchos casos, esta atención acusadora se centraba en formas urbanas que configuraban el hábitat urbano de los pobres; así, los albergues, asilos, casas comunales, inquilinatos, barrios obreros, entre otras expresiones del hábitat con carencias, se asociaban con los miedos y las vergüenzas comunales de los analistas de turno: “La verdad es que la indigencia prolifera en las casas colectivas de un modo tan natural como las malas hierbas en el huerto. Enfermedad moral, como la delincuencia, encuentra así su suelo más fértil” (Riis, 2008: 6).

Toma especial importancia el problema de la pobreza en este escenario, justamente porque aunque omnipresente en la historia de la humanidad, resultó particularmente problemática en estas sociedades urbanas, donde dicho fenómeno se muestra

3 En las ciudades norteamericanas las situaciones de flagelo no eran de menor consideración. La cuantía de la pobreza se levantaba como obstáculo para las promesas del desarrollo con epicentro en las ciudades; para finales del siglo XIX esta situación era evidente: “al lector que hasta ahora haya seguido conmigo el destino de la Otra Mitad probablemente no le sorprenda mucho saber que en ocho años se registraron en Nueva York 135.596 familias que pedían o recibían algún tipo de caridad. Tal vez, sin embargo, sí le impresionará la noticia de que, en los últimos cinco años, una persona de cada diez de las que han muerto en esta ciudad ha sido enterrada en el cementerio de los pobres, Potter’s Field. Esos hechos sirven para contar una terrible historia. El primero significa que, de una población de millón y medio de habitantes, hubo casi medio millón –si no llega de personas que se vieron obligadas a pedir limosna para comer, o bien optaron por ello, o aceptaron la caridad en algún periodo de los ocho años, si no en su totalidad” (Riis, 2008).

Situación ésta que mostraba la omnipresencia de la pobreza y la carencia en el proceso de urbanización, pues dados los desarrollos históricos, las ciudades norteamericanas eran, en teoría, menos vulnerables a estas dolencias pues surgieron sin soportar el pasado tormentoso de las ciudades del viejo continente. Así, la aglomeración, los problemas de salubridad, de planeación y de malestar social fueron tan recurrentes en esas como en las otras latitudes, por eso aquí y allá, aunque en momentos distintos, nos dice Riis, “llegó un momento en que el malestar y el hacinamiento de los de abajo se hicieron tan grandes, y la consiguiente agitación tan violenta que dejó de ser fácil mantener la situación, y la mitad superior empezó a preguntarse qué estaba ocurriendo” (Riis, 2008).

ba con mayor ímpetu y fortaleza ya que la ciudad industrial, la hija de la modernización, había concentrado la miseria colectiva. Esta concentración no era posible en los campos poco densos; dadas las mismas condiciones espaciales la pobreza rural fácilmente se camufla y se disimula. Incluso su expresión cuantitativa tiende a ser mucho menor a razón de un crecimiento poblacional más moderado que en los escenarios urbanos.

Para muchos de los primeros personajes cercanos a lo que actualmente se pudiese identificar como urbanistas, la preocupación por los barrios pobres y por las deplorables condiciones sociales de las ciudades, fue el objeto propio de la reflexión y la intervención. Sin embargo, dado que la ciudad, como construcción social, no es estática, la disciplina que procuró enfocar su estatuto en este objeto fue generando procesos diferentes en sus aristas analíticas dados a la mutabilidad de su objeto de estudio.

En los últimos siglos, las legislaciones, los administradores locales y las relaciones económicas ligadas a las diferentes expresiones del desarrollo del modo de producción de la modernidad, han dado paso a ciudades con características diferentes a la primigenia ciudad industrial victoriana; por lo tanto, no sería nada sorprendente el surgimiento de visiones condescendientes con la potencial evolución de la ciudad al tiempo que con la desidia frente al futuro eminentemente urbano de la humanidad en su conjunto.

¿Progreso, ciudad y modernidad?

En su análisis sobre la modernidad, Schorske (2001) plantea que frente a la ciudad podrían establecerse tres amplias tendencias interpretativas en los dos últimos siglos. Estas son la ciudad *como virtud*, la ciudad *como vicio* y la ciudad *más allá del bien y del mal*. Para Schorske, estas diferentes visiones no fueron predecesoras la una de la otra, más bien son el resultado de corrientes intelectuales que se han presentado de manera relativamente simultánea.

La primera representación, la que identifica en la ciudad el escenario de la virtud, se engendra en los portavoces del proyecto de la ilustración. La ciudad para pensadores tan

influyentes en la consolidación de la modernidad europea, como Voltaire, Adam Smith o Fichte, era identificada como expresión tácita de lo más elevado del proyecto civilizatorio: la industria y la cultura erudita moderna (Schorske, 2001). Voltaire, por ejemplo, identificó en la Londres del siglo XIX, la Atenas de sus tiempos, epicentro de lo que este autor identificaba como la libertad, el comercio y el arte, la puesta en escena de lo más alto de los valores políticos, económicos y culturales del liberalismo.

La relación de Londres y Voltaire bien puede superponerse de manera más generalizada a la ciudad moderna y los pensadores positivistas, puesto que justamente fueron las ciudades, la expresión territorial de la transformación de la estructura social entre el antiguo régimen feudal y la moderna sociedad capitalista, razón suficiente para que la vanguardia ilustrada entendiera en este proceso de movilidad espacial el devenir positivo de la humanidad.

Lejos de preocuparse por los conflictos socioeconómicos, para Voltaire el placer y el ostento cobran especial importancia en su mirada complaciente sobre la ciudad moderna. El pensador francés identifica en los excesos la virtud de la civilización y en esa medida parece aborrecer el tiempo pasado inundado de barbarie y el sufrimiento. Por tanto, Voltaire no sanciona la evidente desigualdad entre ricos y pobres de las ciudades modernas, más bien justifica esta situación manteniendo una aparente postura que, paradójicamente, hace permanecer los principios medievales en las cuales la nobleza obtiene su salvación por la bondad, mientras que los pobres por el sufrimiento. Postura ésta que, con sus respectivas proporciones, será dispuesta para atestiguar la valoración por el placer, que en teoría incita a la superación de los pobres y caídos en desgracia por medio del trabajo entregado y constante, tesis éstas que han estado presentes en promotores de la ética moderna capitalista, bien sea que se trate de Calvino o de Friedman, y que han soportado el conflicto ético de quienes han sido paladines de la teoría que armoniza el crecimiento económico con la desigualdad social.

La interacción en la ciudad de los sectores poseedores de la riqueza material –y por tanto capacitados para alcanzar el placer y el derroche–, con quienes padecen toda suerte de carencias, es visto por Voltaire como fuente misma de las ventajas del proceso civilizatorio:

El mondain atraviesa en un espléndido carruaje dorado la ciudad de imponentes plazas para acudir a una cita con una actriz, luego a la ópera y a una generosa cena. A través de su estilo de vida sibarita, este bon vivant derrochador genera trabajo para innumerables artesanos. No sólo da empleo a los pobres, sino que se convierte en un modelo a imitar. Al aspirar a la buena vida civilizada que llevan sus superiores se anima a los pobres a la laboriosidad y a la frugalidad, para, así, mejorar su situación. Gracias a esta feliz simbiosis entre los ricos y los pobres, la buena vida elegante y la laboriosidad ahorradora, la ciudad estimula el progreso de la razón y el gusto, y, así, perfecciona las artes de la civilización (Voltaire, 1736, citado en Schorske, 2001: 83-86).

En uno de los diálogos, Víctor Hugo esgrime esta aparente feliz simbiosis de la que se ufana Voltaire, y que, sin embargo, desata desdicha entre sus protagonistas antes que sembrar el sendero de progreso prometido por la ilustración:

¡Decir que no hay igualdad, ni tan siquiera en la muerte! ¡Véase al padre Lachaise! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en el paseo de las acacias que está pavimentado. Pueden llegar ahí en coche. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡qué!, se los mete abajo, donde hay barro hasta las rodillas, en los agujeros, en la humedad. ¡Los ponen allí para que se descompongan más pronto! No se puede ir a verlos sin hundirse en la tierra [...] ¡Oh! ¡Me comería el mundo! (Hugo, 1982 [1862]: 586).

La tendencia al equilibrio y el progreso cultural del que se aferraban las buenas voluntades de los ilustrados europeos, por tanto, se difuminan en las verdades cotidianas de los habitantes urbanos⁴.

Por tanto, los relatos surgidos ante la innegable frustración producto de la amalgama de las penurias y bondades en el escenario de la ciudad, pone en duda la apreciada intención de la ilustración de hacer sinónimos a la urbanización y al progreso. Y, sin embargo, Voltaire identificaba en la aristocracia, sus buenas costumbres y su tendencia al altruismo, la vía indicada para alejar los vicios que atormentaban a la sociedad. Curiosa paradoja: para estos nuevos nobles, los burgueses, la ciudad era la extensión del palacio, aunque éste es justamente la aberración práctica a la ciudad, ¿acaso el Palacio de Versalles, no fue hecho con el propósito de alejar a la nobleza y la corte de la fétida París, cuya hediondez y encanto evidencia Süskind en la obra *El Perfume*?

Similar a la de Voltaire fue la postura de Adam Smith. Para ambos, la crisis social y la decadencia expuestas en las ciudades

no eran de ninguna forma la destrucción de la comunidad, más bien era el desdoble de la poderosa razón y de la búsqueda del placer de los miembros de todas clases. Igualmente, para Smith, la civilización se erguía en el escenario urbano, pero identificaba el origen de la ciudad al trabajo de la monarquía; por tanto fue la ciudad la respuesta en miras a la libertad y orden que reclamaba la nobleza frente a su hostil época feudal, salvaje y bárbara. Así, para Smith, nos dice Schorske, la ciudad sentó las bases del progreso, tanto en el trabajo como en la cultura. Y ello responde sin duda a los postulados del economista, en los cuales afirma que cuando los seres humanos “estén seguros de que disfrutarán del fruto de su trabajo, [...] lo harán de forma natural para mejorar su situación y adquirir no sólo lo imprescindible, sino las comodidades y los refinamientos de la vida” (Smith, 1996 [1776]: 379). Así, la ciudad en Smith, al igual que para Voltaire, permite la generalidad del estadio en el cual los miembros de la sociedad pueden superar la mera necesidad y alcanzar la comodidad. La diferencia entre los dos, con respecto a la ciudad, era que mientras el segundo identifica que el advenimiento de la nobleza civilizó las ciudades, para el primero fue la ciudad la que civilizó a la nobleza rural, y, al mismo tiempo, destruyó el señorío feudal.

En la obra *La riqueza de las naciones*, Smith identifica que el proceso que consolidó la modernidad implicó vender el nobiliario derecho de nacimiento, “no como Esaú por un plato de lentejas en una época de hambre y necesidad, sino gratuitamente, por tener muchas baratijas y adornos [...], se volvieron tan insignificantes como cualquier burgués o comerciante importante de la ciudad” (Smith, 1996 [1776]: 390). Entonces, para el escocés la posibilidad efectiva de la igualdad política entre nobles y burgueses fue solo posible en el escenario de la ciudad, incluso poniendo a los primeros a un nivel inferior frente a los segundos en el marco de los nuevos valores económicos de la disciplina, la prosperidad y la libertad.

Curiosamente, Smith tendrá una tendencia romántica que lo inclinará, a pesar de su arraigado economicismo, a defender la vida rural sobre la vida urbana. Si bien para él la ciudad es el epicentro de las relaciones mercantiles y a su vez da la posibilidad de un intercambio mutuamente beneficioso entre ésta y el campo, constantemente defendió, en una mirada naturalista, la inclinación que el ser humano tiene sobre la tierra y sobre la actividad agropecuaria, mientras desconfía del tendiente desarraigo del empresario de la ciudad. Así, si para Voltaire la ciudad era el epicentro de los valores de la modernidad y el progreso, para Smith la ciudad es principalmente una condición para el desarrollo económico.

Entonación diferente tendría Fichte (1985), y en general los pensadores ilustrados alemanes sobre la ciudad. Si bien éste compartía con Voltaire y Smith la noción de la ciudad como agente creador de cultura por excelencia, atribuyó el avance de la misma, no a la serena libertad y la protección concedida por la nobleza, sino a la creación surgida del Volk, jalonado, por supuesto, por la burguesía.

La moralidad comunitaria cobrará en la obra de Fichte un valor incluso superior al comercio, arte e instituciones libres que

4 Sírvase de ejemplo el relato neoyorkino del llamado *hombre del cuchillo*, como uno de los variados ejemplos de esta contradicción:

“El otro día había un hombre en la esquina de la Quinta Avenida y la Calle Catorce: miraba tristemente los carruajes que pasaban, llevando y trayendo la riqueza y la sofisticación de las avenidas a las grandes tiendas del centro de las ciudades. Era pobre y andrajoso y estaba hambriento. Tenía esta idea en la cabeza: ‘ellos, con sus caballos bien alimentados, no tienen que preocuparse del mañana; sólo conocen el hambre de oídas, salen a pasear y compran en una hora lo que a mí y mis pequeños nos dejaría saciados todo un año’. Y ante sus ojos se irguió la imagen de aquellos pequeños llorando y pidiendo pan en torno al frío triste hogar sin lumbre, y de un salto se precipitó sobre la multitud y blandió su cuchillo, cegado por el deseo de matar, de vengarse. [...] Aquel hombre fue arrestado, naturalmente, y encarcelado. Hoy probablemente esté en un manicomio, olvidado, y los carruajes siguen yendo y viniendo de los almacenes repletos de alegres compradores. El mundo olvida fácilmente, demasiado fácilmente, lo que no quiere recordar [...] Sin embargo, el hombre y su cuchillo tenían una misión. Expresaban a su modo ignorante, impaciente, la amenaza que una de las más conservadoras y desapasionadas instituciones públicas había anunciado un poco antes: ‘Nuestro único miedo es que la reforma se manifieste en arrebato de indigencia pública que destruya la propiedad y las buenas costumbres’. Representaban una solución al conflicto de la pobreza ignorante versus riqueza ignorante que se nos ha legado sin resolver, la voz de alarma que últimamente hemos oído en un grito que nunca habría debido alzarse en suelo americano: el grito de ‘las masas contra las clases dominantes’, el recurso de la violencia” (Riis, 2008: 10).

tanto reivindicaban Voltaire y Smith al referirse a la ciudad. Para el alemán, en un evidente nacionalismo, la ciudad es el foco de la república moderna cuyo cenit era la propia Alemania, única, según él, con las potencialidades de serlo a largo plazo en el viejo continente. Incluso identifica, junto a otros pensadores alemanes, a las ciudades medievales como herederas de la polis griega y como escenarios de la juventud de la hazaña profética de su nación. En gran medida, la ciudad así entendida, se convierte en el epicentro de la lucha del Tercer Estado contra el peso del Antiguo Régimen, es decir, la tiranía y la avaricia de los príncipes, que sumadas a la imposición del yugo napoleónico, habían destruido el esplendor de la ciudad.

En todo caso la concepción de Fichte era idealista, respondía al proyecto filosófico de su contexto y mantenía la idea de virtud en la ciudad. Su elogio a la burguesía nacional, como edificadora de la moral comunitaria, lo separará de una visión más complaciente con la monarquía que tenían sus predecesores. Rechazaba como valor el exceso de la aristocracia y discernía con Smith sobre la poca estabilidad que tenían los inversionistas y el capital en la ciudad. Por tanto, al identificar la ciudad burguesa como modelo de comunidad ética, Fichte estableció los criterios sobre los que se sostendría, en el siglo XIX, la crítica de la ciudad como centro de individualismo capitalista.

Pero las miradas complacientes con la urbanización no llenaban las expectativas reflexivas sobre la ciudad. Evidentemente el desasosiego por las formas en que se gestaba el devenir de las ciudades permitió que ésta no siempre fuera identificada como virtud. No es extraño, entonces, que mientras Voltaire en su tiempo e ideología viera progreso, Mumford con la ventaja de la revisión retrospectiva identificara en la ya mencionada extensión del palacio la materialización del despotismo barroco, “una combinación extraña de ‘poder y placer; un orden abstracto seco y una sensualidad radiante’, unida a un deterioro de la vida de las masas” (Schorske, 2001: 81).

Pero la mirada desconfiada al maridaje entre progreso-industrialización y urbanización no se va a presentar únicamente a las postrimerías del proceso. Su génesis, como ya se dijo, está en las mismas coordenadas temporales en las cuales está acaeciendo. Efectivamente las consecuencias del industrialismo promovieron la visión antitética frente al escenario urbano y se renovaron así las aberraciones frente a la ciudad en la filosofía; revivieron entonces Sodoma y Gomorra.

Los fisiócratas, por ejemplo, en el ánimo de entender el progreso como producto de la acumulación del excedente de la producción agrícola, evidenciaban en la ciudad en crecimiento un serio problema de las relaciones socioeconómicas, mientras que pensadores de diferentes aristas ideológicas no solo condenaban la acumulación del capital como proceso de corrupción del ser humano, sino que, además, concluían que la destrucción del campesinado era la consecuencia del dominio del capital urbano sobre las áreas rurales.

Así, si Oliver Goldsmith atacaba el proceso de evidente dominio entre la ciudad y el campo, en Francia, Mercier de la

Rivière eclipsaba la bella imagen de la aristocracia parisina: “Las amenazadoras ruedas del autoritario rico pisan más rápido que nunca las piedras teñidas de la sangre de sus infelices víctimas” (Mercier de la Rivière, citado en Mumford, 1957 [1938]: 97)⁵.

La disputa de las formas de concepción de la ciudad, entre virtud y vicio, se plasma no sólo en el campo económico y en la interacción y concepción de las clases sociales. Detrás de las diferentes interpretaciones lo que se encuentra es la disputa filosófica por el carácter ontológico del ser humano. Teniendo en cuenta que su alimento está constituido por proyecto de la modernidad, estas discusiones no se tratan ni se agotan en el futuro de una u otra ciudad, de sus manifestaciones materiales, ensambladas en la arquitectura y el paisaje, ni en el urbanismo entendido como la interacción del espacio urbano y las relaciones sociales; de lo que se trata es del devenir mismo de la historia, del género humano homogenizado bajo el telón de la razón.

No es extraño que en estos planteamientos se esté cruzando permanente la frontera de lo real-concreto e histórico, al plano de la abstracción sujeta al *deber ser*. Si para los defensores de la ciudad el logro que se construye es la socialización de la cultura, el arte, la razón instrumental, la disciplina y la racionalidad económica, para sus detractores lo que en ella se plasma es la perversión del espíritu humano, sembrado en la avaricia, el egoísmo, el desprecio y la inequidad.

Por tanto, la mirada detenida a un caso particular de las ciudades europeas, es la apariencia de la misma. Su trasfondo se contiene en la mirada del desarrollo de la humanidad en el marco del indomable proceso de urbanización. Véanse los contrastes:

[...] a finales del siglo XVIII, el rico pródigo y el artesano industrial de Voltaire y Smith se transformaron en los adquirentes y los gastadores de Wordsworth, quienes no solamente desperdiciaban su poder, sino que además estaban separados de la naturaleza. La racionalidad de la ciudad planificada, tan apreciada por Voltaire, se le antojaba a William Blake como algo que imponía “esposas mentales” tanto a la naturaleza como al hombre. ¡Qué diferente es el poema “Londres” de Blake del panegírico anterior de Voltaire!⁶ (Schorske, 2001: 87).

5 El anti-urbanismo con eco en Norte América y evidente en las obras de Jefferson, no se agota en la disputa revolucionaria de la burguesía europea en acenso y antimonárquica; su surgimiento parte de la visión apocalíptica de la ciudad, de los desmanes de la industrialización y de la propia ensoñación romántica –e ilusa en gran medida– de la antigua vida rural.

6 La comparación hecha por Schorske aquí se refiere a *Verses on the Death of Adrienne Lecouvreur* de Voltaire, y “Londres” de Blake. Dos sustratos poéticos de cada uno de los autores refiriéndose a la ciudad inglesa. Así, mientras Voltaire la engalana con atavíos: “Rival de Atenas, Londres bendita que con tus tiranos tuviste la inteligencia de perseguir los prejuicios que alimentaron las facciones civiles. La gente puede expresar sus ideas, y la valía tiene su lugar. En Londres, quien tiene talento, es grande” (Voltaire, 1947). Blake la aborrece: “Por las calles reguladas deambulo, / Cerca de donde fluye el regulado Támesis, / Y veo señales en cada rostro con el que me cruzo, / Señales de debilidad, señales de aflicción” (Blake, 1946).

Si la mirada de la ciudad como vicio fue tomando fuerza con la rápida reconstrucción del orden social dado por los hechos históricos del siglo de las luces y las revoluciones políticas que enaltecieron a la burguesía como portadora del futuro, la fuerza de la industria tecnificada, como se deduce de lo expuesto más arriba, catalizaría aún más la fecunda desconfianza sobre la diádica urbanización-industrialización.

En las primeras décadas del siglo XIX europeo se alimentaba la naturalización de las leyes económicas en las teorías de quienes, optimistas, materializaban el proyecto liberal e identificaban de manera apresurada la unión de intereses entre ricos y pobres, entre la ciudad y el campo, en la consolidación del capitalismo moderno. Sombria ciencia, afirma Schorske, al referirse a estas posturas que desconocía que en este proyecto se gestaba “la guerra entre las dos naciones de Disraeli, entre los ricos despreocupados y los depravados moradores de las barriadas” (Schorske, 2001: 84).

La expresión del ladrillo, la suciedad, la máquina, la miseria y el delito se juntaban en un almizcle social que elevó las preocupaciones de la Escuela Realista Social Inglesa, que redescubría el malestar que más de un siglo atrás había turbado a los prerrománticos. La miseria no era en absoluto nueva, pero el impacto de la fábrica sobre la ciudad llevó el grito del alma –el *cri du coeur*–, surgido en Gran Bretaña en los albores del siglo XIX, a recorrer por entero la Europa industrializada, colándose una y otra vez en las expresiones de preocupación de la filosofía y el arte, para asentarse, incluso una centuria después, en el impresionante reclamo de Gorki refiriéndose a la Rusia de sus días.

Acrecentaron la zozobra, la rápida urbanización y los permanentes conflictos de las ciudades industrializadas que se consolidaban en una pésima conformación del espacio urbano, proclive a todo tipo de problemas habitacionales, ambientales, de segregación y salubridad. El ritmo exigente que la industria le impuso a la ciudad, dio como resultado la evidencia de la miseria urbana; pero la respuesta desafiante a este proceso, la que lo identificaba como fruto del vicio, no pudo gestarse si no fuese porque que este mismo proceso se aferraba a la esperanza del progreso dado por los voceros de la Ilustración. Fue la frustración, frente al proyecto ilustrado liberal, el motor del reclamo intelectual ante *la ciudad espantosa* de la industrialización decimonónica.

Eventualmente, las miradas anti-urbanas se convirtieron en proyectos arcaístas, que rememoraban el momento preurbano. Se desarrollaron toda suerte de reflexiones enfocadas a replantear la ciudad desde lo ético y lo estético, en busca de una semblanza mucho más conciliadora con un pasado menos hundido en los vicios de la ciudad industrializada. El rechazo a la máquina y su moderna megalópolis se evidencia tanto en los arcaístas como Coleridge, Ruskin o en los prerrafaelitas como Gustav Freytag, Dostoievski o Tolstoi. La ciudad europea, así, combinó la búsqueda por la utilidad moderna capitalista y el encanto de la estética pre moderna estática, generando una com-

posición que entremezcla la desesperanza social con fachada de romance arquitectónico⁷.

Pero la respuesta al desasosiego frente a la ciudad no tuvo una respuesta unidireccional.

La alabanza al pasado fue apenas una de las manifestaciones de esta corriente escéptica a

la encegueda esperanza depositada por el

proyecto de la ilustración.

Las visiones arcaístas fueron contrarrestadas por las miradas futuristas. A pesar de todo, la fe en los principios de la modernidad, los de la razón como mentora del buen futuro, se mantuvieron como cimientos para muchos que miraban con antipatía el resultado de la urbanización.

Socialistas y anarquistas encabezaron las miradas de este enfoque que con severa crítica pero profundo optimismo miraba a la ciudad moderna capitalista. Optimismo que no se fundamentaba en la continuidad del proyecto liberal, sino especialmente de la deconstrucción del mismo en miras a una reorganización de la distribución de los medios de producción, lo que implicaba un cambio en las relaciones de producción y, por consecuencia, de las relaciones territoriales.

Como punto de partida, las miradas críticas sobre lo acontecido con la ciudad, en personajes como Marx o Engels no distaron mucho de la preocupación surgida por sus contemporáneos. En su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Engels, 1978 [1887]) la conmovedora descripción del escenario urbano no se aleja mucho a la realizada por las instituciones oficiales reales y liberales. En general, tanto en el joven Engels y en Marx hay un serio cuestionamiento ético a las condiciones

7 Al respecto afirma Schorske: “la incapacidad de la arquitectura urbana del siglo XIX de crear un estilo autónomo reflejaba la fuerza de la corriente arcaizante, incluso entre la burguesía urbana. ¿Por qué, dado que se podían construir puentes para el ferrocarril y fábricas en un nuevo estilo utilitario, se concibieron los edificios, tanto particulares como públicos, de forma exclusiva en lenguajes arquitectónicos anteriores al siglo XVIII? En Londres, hasta las estaciones del ferrocarril adoptaban una pose arcaica: la estación de Euston buscaba en su fachada la huida hacia la Grecia antigua; St. Pancras, a la Edad Media; Paddington, al Renacimiento. Este historicismo victoriano expresaba la incapacidad de los habitantes de la ciudad de aceptar el presente y concebir el futuro de una forma distinta que no fuera una resurrección del pasado. Reacios a enfrentarse directamente con la realidad de su propia creación, los nuevos arquitectos de la ciudad no hallaron formas estéticas para plantearla. Este fue más o menos el caso del París de Napoleón III, con su gran tradición de continuidad arquitectónica controlada, el Berlín de Wilhelm y el Londres de Victoria con su eclecticismo histórico más exuberante. El dios dinero quería redimirse a sí mismo poniéndose la máscara de un pasado preindustrial que no era suyo” (Schorske, 2001: 8).

materiales de la existencia de la clase trabajadora, pero no hay una propuesta clara enfocada puntualmente al tema urbano. La mirada al futuro de estos autores descansa en el cambio de la estructura social y como fruto de ella los cambios en el territorio, especialmente en la abolición de las relaciones de dominación entre el campo y la ciudad.

No es extraño que Marx y Engels hayan afirmado en la interpretación política de su momento histórico que:

[...] la burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el oriente al occidente (Marx y Engels, 1964 [1848]: 38).

En cualquier caso, el llamado de estos pensadores, que Choay (1970) enmarcará como urbanistas sin modelo, no es un vuelta al pasado ni una construcción de una comunidad modelo sugerida permanentemente por los utopistas del siglo XIX; más bien es la búsqueda por la revolución social surgida del seno de la lucha de clases.

En una mirada mucho más madura, Engels recobra en la "Contribución al problema de la vivienda" (1978 [1887]), desde una mirada sustentada en el enfoque dialéctico. La mirada histórica que desarrolló sobre la vivienda complementó el reproche ético dado previamente. Bajo una revisión más integral identificó que el trabajador que lograba adquirir una vivienda bajo condiciones establecidas de propiedad, resultaba ser víctima de la explotación. La libertad del forajido libre era, entonces, la libertad del trabajador urbano, sujeto de todos modos a su condición de desposeído. Se distancia de lo que denomina las miradas nostálgicas de los proudhonistas, que reivindicaban según él, la pequeña industria rural, y que, sin embargo, producía almas serviles y desconocería los avances técnicos del trabajo urbano industrial.

En esta medida, la postura de los socialistas –sustentada en los planteamientos de Marx y Engels– identifica en el desarrollo de la industria y la agricultura capitalista, no un retroceso, sino un condicionante para el desarrollo de las fuerzas productivas que son condiciones ineludibles para la germinación de las nuevas relaciones de producción y, por consiguiente, de la estructura social, e incluso primera condición real de la emancipación de los trabajadores, incluyendo la dimensión intelectual de la misma:

Solamente el proletariado [...] apiñado en las grandes ciudades está en posición de lograr la gran transformación social que pondrá fin completamente a la explotación y al dominio de clases (Engels, 1978 [1887]: 563).

La crítica desde la postura ética pero la aprobación como estadio histórico, se tradujo en un poco interés de estos pensa-

dores sobre la ciudad futura, los pocos visos al respecto apenas si se acercan al de pensadores que lejos de hacer una reflexión científica de su momento histórico, se encargaron de hacer arte, de crear ciudades ideales, ciudades perfectas en las mentes y los planos de pesadores y planificadores. Tendencia que incluso tuvo muy diversa procedencia e intenciones políticas dentro de lo que se denominaría el urbanismo utópico (Choay, 1970).

En varios momentos, este urbanismo utópico se encajó en una diáfana frontera entre la mirada futurista y el enfoque arcaísta. En muchos casos se trataba de una especie de búsqueda de retorno a las sociedades agrícolas con mixturas urbanas en la materialización de la pequeña ciudad. Fourier, como otros socialistas utópicos, promovieron proyectos como los falansterios u otros de tendencia similar, que eran esquemas de reorganización de la sociedad, con una alta determinación a las condiciones de ocupación y edificación de espacio, sobre la cual se desarrollaba la sociedad perfecta socialista. Posiblemente fueron similares las intenciones y procesos que dieron paso a la idea de la *ciudad jardín* encabezada por Owen, hecho de enorme trascendencia en el proceso de consolidación del urbanismo como disciplina.

En todo caso, para Engels la megalópolis que edificaba la modernidad industrializada era un adefesio que no podía armonizarse con el devenir de la humanidad, aun cuando era condición para el cambio. Esta postura sería reformada por varios pensadores, también proclamados socialistas que, aunque mirando con desprecio la ciudad moderna, atestiguaban justamente en la gran ciudad industrial el escenario del nuevo futuro. Émile Zola y Émile Verhaeren, por ejemplo, aunque igualmente nostálgicos por la vida antigua urbana, identificaron la imposibilidad de encontrar cura a la corrupción de la sociedad moderna fuera de su génesis. Por tanto, dada la aberrante situación cultural y material de la vida rural en la modernidad, era en la gran ciudad donde se gestaría el devenir de la humanidad. Así, Verhaeren, en parte de su tetralogía poética, "mostraba cómo las fuerzas industriales que durante cien años habían arrastrado al hombre hacia la opresión y la fealdad también eran la clave de la redención. La luz roja de las fábricas industriales presagiaba el amanecer del hombre nuevo. La revolución roja de las masas se encargaría de la transformación" (Schorske, 2001: 95).

De manera paralela, nuevas expresiones del arcaísmo surgirían en los inicios del siglo XX como respuesta al liberalismo, al reformismo y a los proyectos revolucionarios, esta vez, en una malformación de los postulados que guiaron a Fichte, y que fueron frecuentemente adoptados por las ideas nacionalistas y racistas de extrema derecha que daban génesis al nazismo en la Alemania. En este caso pensadores como Daudet, Barrés, Langbehn, Lagarde o Lange, identificaban a la ciudad como un mal generalizado y propensa al vicio, razón de más para ser destruida, para retornar al escenario puro de la vida rural y la ciudad medieval que, proponían, se encontraba exenta de los problemas de la gran ciudad moderna.

En todo caso la respuesta frente al fenómeno urbano no se extinguiría en el plano reflexivo-filosófico, su materialización

en acciones concretas sobre las ciudades implicó darle vida propia al urbanismo como disciplina, capaz de intervenir el espacio construido, de planearlo, de diseñarlo y de ejecutarlo.

Toda vez que la capacidad planeadora intervenía, se manifestaban con mayor fuerza los problemas impuestos por la realidad; el gigante peñón de Sísifo está destinado a caer, y de nuevo es necesario bajar a las llanuras para emprender la empresa del ascenso. La urbanización se convertiría en un fenómeno territorial cargado de problemas durante todo el siglo XIX y el siglo XX, problemas que encontraban su pináculo en la pobreza y la desigualdad, bien sea que éstas se vieran como obstáculo para el desarrollo, como elemento motivador para el progreso social o como hecho intrínseco de las relaciones de producción.

En el marco de las sociedades industrializadas, el problema de la manifestación de la pobreza en la primera etapa de la urbanización moderna pareció mostrar dos grandes tipologías urbanas que bien pueden dividirse, por una parte, en la revisión del caso de las ciudades europeas, y por la otra, en el caso de las ciudades estadounidenses. En las primeras, la relativa ligazón entre las áreas empobrecidas y las periferias es más clara dado que las ciudades, aún cuando crecían notoriamente, mantuvieron una relativa concentración del núcleo, en el cual se desarrollaban las actividades económicas de mayor jerarquía e incluso de manera relativa se mantuvieron y ubicaron las residencias de las clases medias y altas. En algunos suburbios se consolidaron sectores exclusivos para la burguesía, mientras en las áreas periféricas, muchas de las cuales se desarrollaron bajo los preceptos de la vivienda obrera construida en masa –o por los programas de vivienda social del urbanismo moderno–, se establecieron los sectores empobrecidos, muchas veces ligados a población migrante o aislada de los ejes económicos más importantes.

En el caso de las ciudades norteamericanas, las dinámicas de expansión se dieron a partir de la generación de suburbios, conectados a los núcleos por medio de autopistas, bajo las posibilidades dadas por la masificación del automóvil y la vivienda en serie. Lo cual dio paso a que justamente fueran los centros urbanos los que se depreciarían y, por consiguiente, acogerían a la población pobre. El *zoning* del urbanismo moderno ayudó a esta situación al convertir los centros urbanos en vastas áreas deprimidas y disfuncionales dentro de la sesgada lógica de dividir la ciudad según las actividades de residencia, trabajo, recreación, administración y movilidad.

En la práctica, las intervenciones urbanísticas se guiaron por la racionalidad instrumental y, con ella, la segregación de actividades fácilmente se mimetiza con la exclusión socio-espacial. La ciudad se vio sometida a los derroteros del diseño industrial, como si se tratara de una máquina, y así el escenario urbano se homogenizó, se convirtió en cuna de la alienación en masa (Lefebvre, 1969), en el teatro de la gravidez impuesta por las fuerzas productivas, por la desazón que se marca al compás de las manecillas del reloj. Por tanto, no resultó nada extraño que de manera paralela a las reflexiones preocupadas por la inequidad y miseria material de las ciudades modernas, apareciera el cavilar alarmado por la miseria espiritual que ellas engendraban.

En este sentido, novedosa sería la propuesta surgida por personajes tan importantes en el pensamiento europeo como Baudelaire, Spengler, Rilke o el propio Nietzsche, quienes incluso cuestionaron los principios mismos sobre los que se sentaba el proyecto de la modernidad. Cuestionados, entonces, quedarían los postulados relativos a la validez de la moral, el pensamiento social y el arte tradicionales, y con más ahínco aún, se cuestionó la pretendida primacía de la razón, la estructura racional de la naturaleza y el propio sentido de la historia. Sin duda este cuestionamiento arremetería inevitablemente en contra de los planteamientos en torno a ciudad en la modernidad. Cuestionamiento que puso al margen la bipartita disputa de la virtud y el vicio y dio paso a la identificación de la ciudad que Schorske identifica como más allá del bien y del mal (Schorske, 2001).

Esta mirada sobre la ciudad, al margen del juicio ético, fácilmente se convierte en una mirada complaciente y apolítica. La ciudad vista *más allá del bien y del mal* hace un llamado a la simultaneidad de la experiencia, es la expresión que permite superponer la anomia urbana ligada a la soledad en las multitudes y, al mismo tiempo, el amparo frente a la libertad de la conducta humana. Tiende a centrarse en la experiencia personal, en la inmediatez sensible desde el individuo que valora y carga de fatalismo la experiencia en la ciudad, al tiempo que realiza el papel de la artificialidad como logro del ser humano sobre la naturaleza.

El fatalismo toma especial importancia en esta nueva visión –que es transeúnte ocasional de los campos de la posmodernidad– y sobre ella los fatalistas salvan a la ciudad a diario, al mostrar la belleza en la propia degradación urbana. Eros y Tánatos se reúnen en la ciudad moderna y así, según este enfoque, lo que se ve como inalterable en la mirada unilineal hacia el progreso, se convierte en perdurable, “en una postura compuesta de forma extraña de estoicismo, hedonismo y desesperación” (Schorske, 2001: 103). Bajo esta arista se desvanecen las pretensiones de los futuristas sociales que confiaban en la redención de la ciudad a través de la acción histórica, subordinada a la danza de la permanente metamorfosis del escenario urbano, dando por resultado un intento permanente por dar sentido a la conciencia desocializada y deshistorizada.

El trasegar de las reflexiones por el ámbito de la experiencia individual, inmediata y fatalista, no puede implicar, en todo caso, la descomposición del pensamiento sobre el devenir mismo de la humanidad. Si los pensadores europeos desarrollaron su pensamiento sobre lo moderno –y con ello sobre la ciudad moderna– producto de la frustración del proyecto ilustrado, que tuvo como una de sus expresiones más fehacientes lo orquestado en las grandes guerras de la primera mitad del siglo XX, no por ello el proyecto mismo ha mostrado síntoma de agotamiento. Fue justamente en el periodo de posguerra que el problema de la ciudad como vicio o como virtud recobra fuerte entusiasmo dentro de los planteamientos centrales del urbanismo, y sigue siendo tan pertinente –quizás en mayor grado– a la hora de estudiar la reciente urbanización del denominado Tercer Mundo. 

Bibliografía

- BLAKE, W. (1946). "London". En: BLAKE, W. & KAZIN, A. (ed.) *The Portable Blake*. Nueva York.
- CAMUS, A. (1999) [1942]. *El mito de Sísifo*. Madrid: Aguilar.
- CHOAY, F. (1970). *El urbanismo. Utopías y realidades*. Barcelona: Lumen.
- ENGELS, F. (1978) [1887]. "Contribución al problema de la vivienda". En: MARX, C. y ENGELS, F. *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- ENGELS, F. (1974) [1845]. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Barcelona. Colección de Documentos de Historia.
- FICHTE, J. G. (1985). *Discursos sobre la Nación alemana*. Barcelona: Orbis.
- HALL, P. (1996). *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal. Colección La Estrella Polar.
- HUGO, V. (1982) [1862]. *Los miserables*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- LEFEBVRE, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones Península.
- MARX, C. y ENGELS, F. (1964) [1848]. *Manifiesto del partido comunista*. Pekin: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- MUMFORD, L. (1957) [1938]. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé.
- PAZ, O. (2001). "Poesía, mito, revolución". En: PAZ, O. *Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral.
- POE, E. A. (2005) [1840]. *El hombre de la multitud*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Señal que Cabalgamos.
- RIIS, J. (2008) [1981]. "Cómo vive la otra mitad". En: *Bifurcaciones, Revista de Estudios Culturales Urbanos*, diciembre de 2008 (08), Santiago de Chile.
- SCHORSKE, C. E. (2001). *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*. Madrid: Taurus Ediciones.
- SMITH, A. (1996) [1776]. *La riqueza de las naciones*. Barcelona: Folio.
- VOLTAIRE (1947). *Verses on the Death of Adrienne Lecouvreur*. Oxford University Press.
- WEBER, M. (1999) [1905]. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Albor Libros.